

Mundo animal y filtro retórico en las *Jornadas náuticas* de fray Jacinto de Carvajal

Animal World and Rhetorical Devices in *Jornadas náuticas* by Fray Jacinto de Carvajal

Javier de Navascués

Departamento de Filología
Universidad de Navarra
31009 Pamplona. España
jnavascu@unav.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 1.2, 2013, pp. 59-72]
Recibido: 20-06-2013 / Aceptado: 20-08-2013
DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2013.01.02.07>

Resumen. Se propone una aproximación a la figura de Jacinto de Carvajal y su crónica *Jornadas náuticas* (1647). Carvajal fue un religioso dominico que formó parte de la expedición comandada por el capitán Ochagavía que tenía como misión descubrir la unión entre los ríos Apure y Orinoco: la crónica de Carvajal ofrece un rico material informativo de la región en materia de fauna, flora y etnografía. El mundo animal, en particular, se muestra a través de una escritura retórica que revela la formación del autor en universidades y seminarios de la época. Asimismo, esta estrategia sugiere que el narrador se dirige a un lector implícito americano, diferente de la mayoría de cronistas de su época, que escriben para un público español.

Palabras clave. Jacinto de Carvajal, crónicas, Literatura colonial, animales en la literatura.

Abstract. This article offers an approximation to Jacinto de Carvajal and his chronicle *Jornadas náuticas* (1647). Carvajal was a dominic friar and he was integrated in the expedition led by captain Ochagavía with the objective of discovering the union between Apure and Orinoco rivers. His chronicle brings a very rich information about animals, flora and customs of the natives. Animal world is described with rethorical strategies which are habitually learned at universities and seminars of Spain and America. Besides, I suggest that Carvajal writes for an implied reader living in America.

Keywords. Jacinto de Carvajal, Chronicles, Colonial Literature, Animals in Literature.

En 1647 el fraile dominico Jacinto de Carvajal acompaña a una expedición española que ha de recorrer por primera vez el río Apure desde la villa de Barinas (hoy Barinitas) hasta alcanzar el Orinoco. La misión, comandada por el capitán Miguel de Ochogavía, debe atravesar los inmensos Llanos, una región poco conocida entonces. Carvajal escribe una relación de los sucesos de esa expedición, pero sus anotaciones no pasan a la imprenta. La luz sobre la región se irá encendiendo un siglo después, cuando otros cronistas como Juan Rivero, José Cassani, Filippo Salvatore Gilij o Ramón Bueno pongan por escrito las impresiones de sus viajes. El texto de Carvajal es, pues, un antecedente de todo un ciclo cronístico, el del Orinoco.

En las líneas que siguen me referiré al interés que despiertan las consideraciones sobre el mundo animal, celebrado, temido y silenciado a lo largo de toda su narración. Como tantas otras crónicas, la naturaleza provoca unas poderosas expectativas en el narrador. Tal interés viene acompañado, en el caso de Carvajal como en el de tantos otros cronistas, de fluctuaciones en la preferencia por la denominación en lenguas americanas y en castellano. Más personal es, sin embargo, el modo de efectuar las descripciones, imbuidas muchas veces de un estilo cortesano y barroquizante. En este sentido, el tratamiento del mundo animal revela, por encima del interés naturalístico que pueda tener, otros aspectos del contexto comunicativo de la crónica, a saber: la formación retórica de su autor y el receptor implícito al que va destinado el texto. Como veremos, este último debía estar familiarizado con el medio americano.

LA CRÓNICA

El manuscrito, titulado como *Jornadas náuticas*, permaneció ignorado hasta 1892, fecha en la que, tras descubrirse en el Archivo Municipal de León (España), fue editado por primera vez¹. En él se contienen los pormenores de la expedición que parte de Barinas el 10 de febrero de 1647, avanza por el río Apure durante más de un mes hasta llegar al Orinoco el 26 de marzo. Una semana más tarde, mientras descienden por el gran río, los españoles avistan la población de Nueva Cantabria. Allí se queda Carvajal atendiendo a los fieles de la población, mientras Ochogavía sigue hacia delante en busca de la desembocadura del Orinoco que le llevará a Trinidad y Guayana. Durante catorce días al menos Carvajal permanece en Nueva Cantabria. La acción se remansa y el narrador se limita entonces a dar informes sobre la región, sus ríos, sus pájaros y, sobre todo, las costumbres de los indios. El 14 de abril de 1647 finaliza la relación de Jacinto de Carvajal. No obstante, sabemos que la expedición llegó a buen puerto porque un año después el autor data la obra y realiza un panegírico inicial al capitán Ochogavía, «descubridor primero del celebrado río Apure».

1. A esta primera edición de circulación local siguió otra mucho después, en 1956, a cargo de Miguel Acosta Saignes (Madrid-Caracas, Edime) y la más reciente, por José Alcina.

Poco se sabe del autor de la crónica y todos los datos biográficos que han llegado hasta nosotros se deducen de la lectura de su manuscrito². En cuanto a las *Jornadas*, estas presentan un variado interés desde una perspectiva geográfica, etnográfica y naturalista. El autor va señalando cada hito de la ruta fluvial y los descubrimientos de cuarenta y dos islas hasta la llegada al Orinoco. Algunos comentaristas han señalado que este viaje, tal y como lo describe el cronista, sería de improbable realización hoy en día, debido a la realidad cambiante de la región, alterada por el manto indiferenciador de la selva y las lluvias anuales que trastocan los márgenes de agua y tierra. Cabe también la posibilidad de que en un momento los españoles se equivocasen de río y tomaran en una bifurcación el curso de otro río distinto del Apure³. No serán estas las únicas inexactitudes que se han denunciado en una crónica donde lo imaginario filtrado por una retórica manierista moldea la visión de las cosas. «La imaginación y la historia se entrelazan de manera insospechada en las *Jornadas náuticas*»⁴. En efecto, la crónica ofrece, en un ampuloso lenguaje, los avatares de una expedición en la que no faltan episodios que lindan con lo inverosímil.

EL NOMBRE DE LOS ANIMALES

A lo largo de las *Jornadas náuticas*, Carvajal va mencionando toda clase de animales, desde la enorme variedad de pájaros y peces hasta la presencia de alimañas como jaguares, caimanes o serpientes⁵. Las especies nuevas ofrecen algunos problemas para la descripción y el cronista se ve obligado a apelar a términos familiares sin concretar mucho más. El autor no es un naturalista y se limita a levantar testimonio de la existencia de tal o cual pájaro de determinadas características, aunque no siempre informa sobre su nombre. En otras ocasiones sigue la denominación común en América, pero no deja de «embellecer» su descripción. Cuando los expedicionarios dan caza a un enorme jaguar, Carvajal lo llama «tigre». Lo notable, sin embargo, es que la presa luzca «una piel dominicana, con matices blancos

2. Carvajal, nacido en Extremadura alrededor de 1567, probablemente tenía ochenta años al redactar su crónica. No se conocen muchas referencias a su biografía. Se sabe que estuvo destacado en América más de cincuenta años. Lourdes Fierro llega a sugerir la inautenticidad de lo que sabemos de él, ya que asegura no haber encontrado datos de Carvajal en ningún archivo de la Orden de los dominicos. (Fierro, 1983, p. 23).

3. Alcina, 1985, pp. 20-23.

4. Fierro, 1983, p. 21.

5. Julio Ortega inscribe la crónica de Carvajal en una tradición latinoamericana de la «abundancia» para definir al continente en la que se incluiría a Colón, Felipe Huamán Poma de Ayala, Bernardo de Balbuena, Hernando Álvarez Tezozomoc, etc. «Varias otras listas recorren esta crónica de sumas venezolanas, ya de por sí listada en jornadas; y el recuento llega a tanto que el cronista nos informa incluso de la hora en que duerme y la que despierta, entre rezos y misas. El mundo se sostiene en sus nombres, se reproduce en ellos, reciente y luciente, pero también compartido y mutuo, al modo de un albergue ganado por el lenguaje.» (Ortega, 2005, p. 5). Esta exuberancia, unida a otros rasgos que la autora denomina manieristas, llevan a Lourdes Fierro (2005) a comprender las *Jornadas náuticas* en una corriente historiográfica característica del siglo XVII americano donde los elementos retóricos transforman el discurso histórico referencial.

y negros»⁶, es decir, que viene descrita de acuerdo a un contraste cromático bien conocido por el escritor porque recordaba al hábito de su orden, la de Santo Domingo. En otra ocasión encuentran una muchedumbre de capibaras, que él llama «perros de agua parecidos a los irlandeses, cuyas pieles son semejantes a las cibelinas y martas en lo suave y blando de su pelo»⁷. Los inofensivos roedores sirven de recreación a los soldados y a los indios, quienes se entretienen matándolos a disparos de arco o de arcabuz:

Aquí se entretuvieron los soldados e indios bogas en emplear muchos perros de agua que en tropas muy crecidas nos ocurrieron dando bufos parecidos a los de los caballos después de haber pasado sus carreras: tiene las caudas de la misma manera que un canalete de boga, prolongado dos varas y muy grueso, bocas y dientes muy grandes, y los colmillos o presas a fuer de tigres, las uñas de manos y pies tres solas, y cerradas con un prolongado pellejuelo con que al nadar hacen fuerza en el agua y facilitan en ella su velocísimo curso. Confieso haberme holgado de haberlos visto, porque esa fue la primera vez que vi su disposición y figura⁸.

La descripción es inusitadamente extensa para lo que suele demorarse Carvajal en la explicación de los animales. Ello se debe a que, según confiesa, el animal es una novedad para él y, suponemos, para el receptor ideal de su texto. El autor pone por escrito lo que ha visto, pero no siente mayor interés en confrontarlo con relatos de otros cronistas⁹. La asimilación con los perros viene dada por cierta semejanza visual, lo cual tiene la ventaja de la comunicación inmediata, pero ignora la onomástica nativa que individualiza a un animal que nada tiene que ver con la familia de los canes. Todo ello se debe, por supuesto, a la falta de familiaridad con el objeto contemplado, ya que el autor admite no haber visto antes a las capibaras.

En la mayoría de las ocasiones, las referencias son más escuetas y próximas a una denominación concreta y arraigada en suelo americano, lo que hace pensar que el destinatario ideal del texto, más que estar en España, como defiende Fierro Bustillo¹⁰, debía de ser alguien familiarizado con el medio natural del autor. La cuestión de la onomástica animal reviste, por tanto, un interés que excede al naturalista y sugiere, en cambio, la proximidad del lector implícito. Un caso claro es el del manatí, que Carvajal reconoce por su nombre nativo, sin sentir la necesidad de representárselo a su lector¹¹. Por la misma razón, da entrada sin mayores expli-

6. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 112.

7. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 166.

8. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 112.

9. En el libro no existen referencias a cronistas anteriores (salvo una a Vargas Machuca). La falta de incorporación de material conocido del siglo XVI puede explicarse por el desinterés intelectual del autor o tal vez simplemente por la repercusión de los autores del siglo anterior en el entorno en el que se movía Carvajal.

10. «Carvajal escribía para España, para todos aquellos que no conocían la región por la que transitaban en el viaje del descubrimiento del río Apure» (Fierro, 1983, p. 100).

11. Compárense con las descripciones que dan José de Acosta y Fernández de Oviedo. «El que llaman manatí, extraña forma de pescado, se puede llamar animal que pare vivos sus hijos y tiene tetas y leche —con que los cría— y paca en el campo. Pero en efecto habita de ordinario en el agua y por eso le comen por pescado: aunque yo cuando en Santo Domingo lo comí un viernes casi tenía el escrúpulo, no tanto

caciones a otras denominaciones indígenas como babaguyes, uricotos, zamuros o caharos. Aquí se separa de otros cronistas contemporáneos, más preocupados por esclarecer las cualidades del animal a través de una onomástica castellanizada y de una explicación extensa de sus rasgos físicos. El jesuita Cristóbal de Acuña, por ejemplo, opta por la forma castellanizada de «pejebuey»¹² y se esfuerza en describir caza, pesca, frutas y alimentos diversos a lo largo de su relato sobre la expedición del Amazonas de 1639¹³. No conviene olvidar que Acuña publica su obra en Madrid en 1641 con dedicatoria para el Conde Duque de Olivares. Su expresión de la naturaleza americana tiene que ser otra de la de Carvajal.

Por lo demás, el mismo Carvajal no se aparta de la visión utilitarista de los animales, tal y como se refleja en muchos otros cronistas¹⁴:

Nuestro paseo por el placel de agua dicho se libró en pesca de manatíes, la cual se hace con arpones fuertes y fiscas agudas, guarnecidas éstas y aquellos con prolongados guareles, que así le llaman los naturales y baquianos, y yo cordeles¹⁵.

Como se ve en el presente ejemplo, Carvajal pone distancia entre los nativos (indios y baqueanos), y él mismo. Así como antes ha aceptado la voz manatí, prefiere la voz castellana para la cuerda que va atada al arpón que ha de pescar al animal. La vacilación entre un sistema lingüístico propio y otro ajeno refleja un desinterés, una ausencia de reflexión sobre el problema de la nominación al que se abocaron otros cronistas con superior formación cultural y naturalista como Acosta, Bernabé Cobo o incluso Acuña. En esto, una vez más, la onomástica animal nos da pistas sobre el autor y el receptor de las *Jornadas náuticas*. Una elección puntual a favor de una voz nativa es fruto más bien de un conocimiento por experiencia cotidiana de ciertas voces empleadas en América que Carvajal aceptó después de haber vi-

por lo dicho como porque en el color y en el sabor no parecían sino tajadas de ternera» (Acosta, 2008, p. 158); «El manatí es un pescado de mar, de los grandes, y mucho mayor que el tiburón en grosura y de luengo, y feo mucho, que parece una de aquellas odrinas grandes en que se lleva el mosto de Medina del Campo y Arévalo...» (Fernández de Oviedo, *Sumario*, p. 338).

12. Cristóbal de Acuña es autor de *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas* (1641). La descripción de Acuña se centra en el sabor del animal, las utilidades que se pueden sacar de él (aceite para engrasar adargas) o la forma de pescarlo (Acuña, 2009, pp. 90-92). Por lo que se deduce de sus escritos, es probable que Acuña fuese hombre de cultura superior a Jacinto de Carvajal, pero tanto uno como otro trataron de reproducir una visión de la naturaleza supeditada a sus fines misioneros o políticos. Las dos crónicas defienden la necesidad de instaurar una ruta fluvial que comunique el interior de América —sus respectivos puntos de origen, Quito o Barinas—, con el océano Atlántico. Y de aquí, por cierto, que la descripción de los animales se efectúe la mayor parte de las veces no como un fin en sí misma, sino de acuerdo a otra finalidad, ya sea porque se le considera un peligroso obstáculo (los peces caribes de los que hablaré más tarde), ya sea como medio de sustento o incluso de recreación.

13. Arellano, Díez Borque y Santonja, 2009, pp. 37-38.

14. Además del mencionado Cristóbal de Acuña, esa «utilidad» del animal la comparten también cronistas soldados y aventureros como Bernardo Vargas Machuca, autor de un libro muy celebrado en su día, *Milicia indiana*. Vargas Machuca, por cierto, es citado por Carvajal. Sobre los animales en este autor y otros cronistas soldados han tratado Miguel de Asúa y Roger French (2005, pp. 39-42).

15. Carvajal, 1985, p. 119.

vido allí más de cincuenta años. Es ocioso, en cambio, pensar que se deba a una reflexión específica sobre la cuestión, como la que estudia Carrillo en Fernández de Oviedo¹⁶. Por el contrario, Carvajal nunca pretende una ordenación exhaustiva o sistemática de todo lo que observa. En su elección de la voz amerindia debe verse más bien la familiaridad con el animal, y con el hábitat en que este se mueve. Una familiaridad que, implícitamente, supone en su lector.

Es factible, pues, que, a la hora de redactar sus *Jornadas náuticas*, el autor pensara ante todo en un lector indiano, más avezado que el peninsular en cuestiones americanas. La obra está dedicada al gobernador de la capitanía general de Venezuela, Francisco Martínez de Espinosa, primer receptor de la crónica. Muy posiblemente este, el gobernador o cualquier otra autoridad civil en Indias dispuesta a favorecer sus intentos, fuera el lector ideal al que tiende Carvajal en su narración. Cuando el autor realiza una loa de la ciudad de Barinas en el comienzo de su crónica, lo que está proponiendo a su lector, el gobernador de la capitanía general, es el engrandecimiento de una villa pobre y aislada de la Real Audiencia de Santa Fe¹⁷. Tal progreso habría de venir a través de la consagración de una nueva vía fluvial que comunicase la población de Barinas con el océano Atlántico y que, por otra parte, permitiera el ensanchamiento de una labor evangelizadora a la que el fraile dominico se sentía llamado. Todo este propósito, enaltecedor en lo formal y persuasivo en lo político, permite entender la visión idealizada de algunos parajes abundantes en riquezas naturales.

De más está decir que, pese a que en ocasiones manifiesta admiración o sorpresa ante el espectáculo de los animales, Carvajal nunca se acerca a la naturaleza con curiosidad científica en el sentido moderno de la palabra. Un breve cotejo con el relato de un célebre viajero de aquellas mismas tierras nos hará ver mejor qué espera el cronista dominico de los animales de las riberas del Apure. En 1800 Alexander Von Humboldt recorre el mismo río desde San Fernando hasta la desembocadura en el Orinoco, repitiendo así el viaje de Carvajal. Entonces el sabio alemán advierte la enorme variedad zoológica de la región. En las orillas contempla jaguares, caimanes, tapires o pécaris y escribe haciéndose eco de venerables asimilaciones de América con el Edén¹⁸: «Se van sucediendo animales de los tipos más distintos. "Es

16. Fernández de Oviedo señalaba la incapacidad de los españoles para nombrar tantos fenómenos desconocidos que veían. De ahí que se preocupase de buscar un lenguaje nuevo para una realidad nueva. Veía en la naturaleza americana, según Carrillo, una concepción de ecosistema coherente, lo que se entiende por su formación naturalista aristotélica: había que respetar las relaciones internas de la naturaleza y, en consecuencia, su lenguaje. En definitiva, Oviedo censura los intentos de españolizar los nombres y defiende la necesidad de respetar los indígenas (Carrillo, 2002, pp. 144-150).

17. Según Fierro, Barinas, en la segunda mitad del siglo XVII, apenas superaba el centenar de habitantes que se dedicaban a la producción del tabaco (Fierro, 1983, pp. 143-147). Las dificultades de comunicación por tierra con los núcleos comerciales más cercanos eran muy grandes, por lo que el descubrimiento de una ruta fluvial que llevara hasta el Orinoco tendría una enorme trascendencia que Carvajal, como vecino y párroco de Barinas, no podía ignorar.

18. La referencia al Paraíso del Nuevo Mundo, visible en éste y otros muchos pasajes de Humboldt, sirvió para que Mary Louise Pratt formulase la teoría de la «reinención de América» como reconducción de los nuevos intereses imperialistas sobre Latinoamérica en el siglo XIX. Humboldt establecería una rela-

como el paraíso", decía nuestro timonel, viejo indio de las misiones. Y en realidad todo recuerda aquí el estado original del mundo»¹⁹.

De los chiguires, o capibaras realiza alguna observación similar a Carvajal, cuando dice que «nadan, sacan del agua la cabeza y el cuello, como los perros»²⁰. Pero, en general, las reacciones del fraile español y el científico alemán son bien dispares. Humboldt avista unos zamuros. «Nos divirtió no poco su rara combinación de desfachatez y temor»²¹. Para observarlos mejor, se acercan en un bote y comprueban cómo los zamuros, astutos y atrevidos, tratan de llevarse la presa que tiene un enorme jaguar en un descuido de este. El episodio se acompaña de una pequeña descripción del zamuro, animal que interesa al autor y a su lector europeo. En cambio, para Carvajal, este es un animal corriente que no tiene necesidad de representarse a su lector familiarizado con el suelo americano. Por eso mismo, su visión adquiere un carácter pragmático: la existencia de zamuros indica la proximidad de rancherías de indios, ya que estos animales frecuentan sus alrededores para apoderarse de la carroña y las sobras que dejan los humanos.

Muy a favor nuestro hallamos a estos pájaros zamuros en nuestra jornada, porque eran los exploradores de las rancherías de los indios, o ya las tuviesen en las márgenes del río, o ya la tierra adentro de los llanos, y es la razón que como son tan voraces y golosos andan siempre sobre los mismos indios en sus pescas y cacerías, como en sus ranchos y puestos a donde hacen noche, o estén de asiento o no.

Teníamos certeza de que en la parte que revoleaban y hacían por el aire sus escarceos era indicación cierta de que por aquellas partes había indios, de cuyos residuos de pescados y demás cosas comestibles de su uso comían los zamuros dichos; por las compañías que los tales pájaros les hacen, si en provecho suyo, en daños de los que los sustentan²².

Para entender mejor lo antedicho, conviene tener en cuenta que la cercanía de indígenas permite el descanso de una jornada en el caso de que estos sean pacíficos, o la necesidad de alejarse en el caso contrario. Y, por supuesto, a Carvajal le interesa dar cuenta del mayor número de poblaciones indias a fin de asegurar un futuro terreno de evangelización²³.

ción con la misma idea visible en el primitivo colonialismo español que trescientos años antes se habría consagrado casi en exclusiva en los escritos de Colón (Pratt, 1992, pp. 136-140). Creo, no obstante su interés, que esta interpretación debiera matizarse a la vista de las numerosas idealizaciones y visiones paradisíacas que los cronistas españoles (Carvajal, entre otros) mantuvieron durante los siglos XVI, XVII e incluso XVIII. La visión paradisíaca de Humboldt no establece un paralelo que se remonta al tiempo de Colón, tiene otros predecesores españoles y europeos. Valgan, entre otros ejemplos, *El paraíso en el Nuevo Mundo* de Antonio León Pinelo (Brading, 1992, pp. 186-195; Pellicer, 2009, pp. 30-36) o el mencionado Acuña.

19. Humboldt, 1962, p. 89.

20. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 190.

21. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 191.

22. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 137.

23. Todavía las diferencias son mayores si atendemos a lo que dice uno y calla otro narrador. Llama la atención, por ejemplo, que a Humboldt le admire el número de caimanes que infestan las riberas

En general, un optimismo providencialista campea en las páginas de fray Jacinto de Carvajal. En varias ocasiones recurre a la protección de la Santísima Trinidad, la Virgen María y los santos intercesores de la orden dominica para afirmar su seguridad de que no ha de ocurrirles nada grave. Y, por si fueran pocos los auxilios divinos, el fraile no deja de exaltar los medios humanos de que disponen:

Pues llevamos en favor nuestro tan invencibles capitanes que nos librarán de las rápidas corrientes y altivos oleajes de los ríos Apure y Orinoco, de las nubes de flechas índicas, de los riesgos de tigres, picaduras de culebras venenosas, del hambre que tal vez saltea a los ejércitos»²⁴.

Las *Jornadas náuticas* deparan un número relativamente corto de penalidades, aunque estas sean pequeñas y cotidianas. Al fraile no le molestan los cínifes, salvo en una rara ocasión en la que confiesa que no le dejaron dormir²⁵. Pero, por lo general, sus noches son más que benignas, si le hemos de creer: «Todo el camino se nos ostentó risueño y afable, y los de nuestro séquito lo pasaron placenteros, sin cínifes ni mosquitos en nuestras dormidas, pasando las noches y los días con los aplausos, regalos y gustos que he insinuado»²⁶. Carvajal, ya sea por una mayor familiaridad con el medio, ya sea porque le interesa la tópica embellecedora en su relato, no hace mención de molestias nocturnas: más aún, se despierta todos los días con el gorjeo de las «parlerillas aves», «los dulces músicos», «las regaladas filomenas» y los «alegres ruiseñores».

MUNDO ANIMAL Y RETÓRICA

Las referencias a las dulces cadencias de los pájaros del Apure, repetidas hasta el hartazgo en casi todos los capítulos, nos conducen a uno de los aspectos más singulares de la crónica de fray Jacinto de Carvajal: a saber, su barroquismo desaforado que le permite introducir pasajes adobados con tópicos retóricos, digresiones pastorales y citas bíblicas sin fin²⁷. Su texto está pergeñado en un estilo artificioso, lo que le ha valido el ser calificado como un conjunto desordenado de «prosa barro-

del Apure y que casi no haya mención de ellos en Carvajal. Para el naturalista del siglo XIX el número y calidad de los saurios son un motivo de estudio válido por sí mismo. El animal se pesa y se mide, se examinan sus comportamientos sociales, su forma de cazar y su dieta más frecuente. También da fe de su peligrosidad para el hombre. Carvajal apenas repara en los caimanes, excepción hecha del hallazgo de un caimán muerto de 25 pies que hallan cerca una rancharía indígena, el mayor que recuerda haber visto Carvajal, quien ha visto muchos en Riohacha y en el río Magdalena (Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, pp. 129-130). Las pocas referencias a los caimanes en todo el viaje pueden deberse a la familiaridad que tiene el narrador con ellos en su vida pasada, pero, como veremos al final, esta razón no explica del todo la escasez de detalles ominosos en su crónica.

24. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 137.

25. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 167.

26. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 100.

27. Miguel Acosta Saignes comenta con ironía que la obra es valiosa para el historiador y el naturalista, «a pesar de las prolongadas repeticiones de su tema predilecto de las avecillas que despiertan al alba y alegran todos los momentos agradables de la expedición. Los psicólogos encontrarán en ese tema monacorde del autor motivo para exámenes y conclusiones sobre la psicología del fraile viajero» (Acos-

ca y pretenciosa», en la que, «entre las desesperantes citas y digresiones sin cuento que inundan la obra, pueden encontrarse, a pesar de todo, apuntes curiosos sobre las costumbres de los indios»²⁸. También hay quien defiende los valores estéticos del texto, como Lourdes Fierro Bustillos²⁹. Carvajal pertenece a la estirpe de escritores barroquizantes (Domínguez Camargo, Silvestre de Balboa, etc.) que trasladan la moda de la alambicada oratoria sagrada de la época a sus escritos sobre América. Sin embargo, aun reconociendo los defectos del verbo pomposo de nuestro autor, su empleo excesivo muestra elementos interesantes para la interpretación global de su crónica, relacionable con la formación del autor, quien, como eclesiástico de su tiempo, estaba imbuido de una educación programada de acuerdo con unos principios pedagógicos asentados en la cultura humanista. Esto incluía, también en América, el dominio del latín, la familiaridad con las estrategias persuasivas de la retórica, el frecuente empleo del debate, las figuras de ingenio y ciertos recursos literarios como el *exemplum* en los sermones³⁰. González Echevarría se ha referido a la importancia de esos cauces culturales para la formación de una prosa colonial en la que la venerable retórica encarnaba la influencia de la tradición europea en la transmisión del nuevo mundo americano:

En la Edad Media y el Renacimiento escribir no se concebía como una acción mediante la cual una conciencia desnuda, enfrentada a un fenómeno empírico o espiritual nuevo [...]. En aquel entonces, escribir era una tarea que se realizaba conforme a un sistema de reglas y fórmulas estrictas que comprendía lo que a grandes rasgos podría llamarse retórica³¹.

Esto implica, en definitiva, una transmisión de la realidad mediada por la retórica tal y como era enseñada en seminarios y universidades. No extrañará que en las *Jornadas náuticas* las referencias mitológicas grecolatinas empleadas por Carvajal formen parte del paisaje natural. Cuando la expedición llega a la confluencia con el Orinoco, el narrador, que ha pasado la noche en vela componiendo galanas décimas en alabanza de los exploradores, se inflama de ardor lírico y presenta así el amanecer en el gran río:

Porque con su bohemio de grana, guarnecido con brillantes franjones de oro, Febo hermoso iba apuntando el alba presurosa a su niveo alcázar, y a imitación suya las ninfas, nereidas y tritones a los de cristal suyos con prisa, a tiempo que capitán y soldados se ausentaban de sus lechos...³²

En el texto convergen elementos europeos en medio de un suelo americano, un escenario que sin duda agradaría a posteriores teóricos y escritores defensores del barroco americano, como Carpentier o Lezama Lima.

ta Saignes, 1965, p. 14). Acosta Saignes hace una lectura mimética del texto, desestimando el carácter retórico que lo moldea.

28. Ramoneda, 1991, p. 549.

29. Fierro, 2005, pp. 199-201.

30. Pérez, 2011, pp. 7-21.

31. González Echeverría, 1990, p. 75.

32. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 181.

Sin embargo, estas nereidas, ninfas y tritones, seres fantásticos de la mitología occidental, son personajes fugaces en medio de la fauna real que Carvajal contemplaba todos los días. Más frecuente es la visión de los animales del Apure presentados mediante un estilo sublime, sobre todo cuando su aparición está relacionada con algún tipo de *exaltatio*. Así ocurre, por ejemplo, si se trata de elogiar las virtudes cazadoras o guerreras de los compañeros de Carvajal. Los soldados se divierten cazando pajarillos y Carvajal comenta: «Llegó la hora de ostentar ingratitudes con quien nos había dado muy grato acogimiento recibiéndonos con dulces músicas, si repetidas con cadencias»³³ etc. O de un capitán subraya que es

persona de satisfacción [...], a cuya boca de fuego en sus manos se le rinden las más altaneras aves y animales más fieros que siéndolo los voraces y espejados tigres, atrevidos leones, bravos toros y ponzoñosas serpientes de grandeza extraña se le postran y rinden sus vidas al beso de sus certeras balas³⁴.

La alabanza de la variedad y belleza de la fauna de las regiones recorridas se centra ante todo entre las aves, acaso porque el autor muestra una especial afición por estos animales³⁵. Uno de los episodios más logrados de la crónica, desde el punto de vista exclusivamente literario, es, a mi modo de ver, el que dedica a enumerar más de cuarenta especies, algunas muy conocidas y otras en las que se limita, impotente, a describir ya sea de forma primitiva, ya sea por vía metafórica³⁶. El cronista demuestra tener una especial sensibilidad para el sentido del oído, no sólo por las tópicas menciones al comienzo de cada día a los cantos deleitosos de los pajarillos. Son muchas las referencias a los tipos de aves que se encuentra en el camino. Para su descripción no sólo se fija en los detalles visuales, lo que le brinda imágenes brillantes como la metáfora de «esmeraldita animada» para calificar a un periquito, sino también en las particularidades del canto. Es lo que sucede, por ejemplo, con el corocoro negro, conocido como uricoto en las *Jornadas*, una especie de ibis negro, que aquí se le conoce por su timbre grave, casi de contrabajo en medio del concierto más agudo del resto de los pájaros³⁷.

Antes hemos llamado la atención en el carácter ideal de la naturaleza y en el providencialismo que impregnan la escritura de Carvajal. Cuando la acción se remansa y se trata de presentar escenarios naturales animados por los pájaros, todo conduce al tópico, inevitable en un escritor tan culterano, del *locus amoenus*. Las rancherías indias son a veces lugares aseados y sus inmediaciones, comparables

33. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 132.

34. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, pp. 140-141.

35. En cierta ocasión anota que, durante el viaje, venía con él una garza domesticada que jamás abandonaba la canoa si no era para pescar algún pez y volver a su lado (Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 124) y en otra que cría dos palomos que le han regalado.

36. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, pp. 134-137. Carvajal hace gala de cierta inventiva verbal en algunos casos: de los grupos de flamencos dice que «parecen manadas de ovejas merinas almagradas» (Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 135) o de otros pequeñitos que «parecen esmeralditas animadas» (Carvajal, 1985, p. 136).

37. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 142.

a los Campos Elíseos³⁸, dotados de fresquísimas arboledas. Una suave brisa arrulla una laguna próxima mientras multitud de pájaros cantan armoniosamente y deslumbran a los exploradores con el bello espectáculo de su plumaje. Esta visión idílica permite comparaciones inverosímiles entre las poblaciones indias y los más encumbrados palacios europeos con ventaja para las primeras³⁹. Y lo que se dice del paisaje humano se declara también de las inmensidades del interior venezolano, con abundancia de asimilaciones de ingenio. En una breve excursión a caballo por la tierra el cronista se siente transportado a

los elíseos de Virgilio, midiendo en lo dilatado de sus sabanas tropas de venado y ganado vacuno tan multiplicadas, que les servía de lucimiento sin igual, y tanto que como en un terso rostro de una muy lucida dama afecta lindezas un lunar, así representaban muchos a lonje [sic] los bultos del ganado que negreaban⁴⁰.

EL ANIMAL COMO AMENAZA

Tanto recargamiento no siempre mantiene su hegemonía a lo largo de la crónica. Hay secuencias en las que el narrador no se deja llevar por el entusiasmo retórico, se olvida de quiasmos, agudezas y digresiones, y cuenta los sucesos en un registro mucho más modesto. Suele producirse este cambio de estilo cuando Carvajal se ve en la necesidad de testificar sobre algún hecho de la manera más objetiva posible o si tiene que referir algún acontecimiento peligroso para los españoles. El mundo animal, que acostumbra a embellecerse por las razones que señalamos hasta ahora, puede figurar excepcionalmente entre las amenazas que anota el cronista.

Es lo que ocurre en el capítulo XIX, dedicado íntegramente a los peces caribes, peces de la misma familia que las famosas pirañas. Aquí el agua ya no tiene aljofaradas perlas ni se escuchan los gorjeos incesantes de los dulces pajarillos, ni el léxico recurre a cultismos ni la sintaxis se engalana con hipérbatos o concesivas del gusto barroco. Todo se cuenta ahora en un lenguaje coloquial y algo desmañado, cuya guía es una sencilla sucesión de coordenadas:

y en confirmación de esta verdad digo que pasando un soldado llamado Cristóbal García Chinchón a caballo por el zanjón del Canalete, y llevando el calzón blanco recogido a la pretina del mismo, por tener un granito en el muslo, prendió un caribe un salto al granito mismo y le sacó un bocado de lo esférico de un real de a ocho, y que si no levanta la pierna sobre el arzón delantero de la silla se hace repetidos pedazos por el olor de la sangre que le corría, la cual como inundó con ella la mano derecha del caballo, le embistieron los caribes, de manera que la sacó blanqueando los nervios, y a no apresurar el pasaje suyo por el zanjón dicho quedarán en él amo y caballo, y los dos por sustento de los caribes⁴¹.

38. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 164.

39. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 140.

40. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 111.

41. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 170.

El narrador renuncia por un momento al estilo sublime en favor de una comunicación más espontánea. La descripción de los ataques de los peces caribes y sus terribles efectos debe servir de advertencia para futuras expediciones. Carvajal, todavía impresionado, pone por escrito lo que ha visto sin mediaciones embellecedoras. La secuencia, además, guarda una relación metafórica con otra amenaza, no vivida pero sí sentida entre todos los expedicionarios. Me refiero a la antropofagia practicada por los indios caribes. El autor da fe del miedo que padecen los españoles de ser comidos por algunas tribus caníbales cuando, en el mismo capítulo en que describe a los peces, comienza recordando las causas de sus desvelos nocturnos⁴².

CONCLUSIÓN

Carvajal apuntaba en la primera página de su manuscrito que este ostentaba «un extremeño estilo». ¿*Captatio benevolentiae* o simple constatación de la realidad? De un lado, es llamativo que el cronista se sirva de una onomástica familiar para el medio americano. Hay que tener en cuenta que el número de animales puede interesar al cronista y a su lector ideal por su valor utilitario, crematístico o alimentario. Es lo que sucede con las referencias a la miel que se puede sacar o cuando advierte la gran cantidad de cabezas de ganado y venados que pueblan las riberas del Apure. De la misma manera, las alimañas tienen un protagonismo secundario, con la excepción importante del episodio de los peces caribes. En estos casos el estilo empleado es llano.

Sin embargo, no debe extrañar el uso masivo de la retórica en un texto cuya selección de los hechos parece guiarse por el requisito del *Utile dulce* horaciano⁴³. Salvo excepciones señaladas, la retórica parece dominar casi todo el relato e impregna no sólo las reflexiones del autor sino las mismas observaciones de corte naturalista. Por eso la naturaleza animal se europeíza no sólo por la esporádica filtración de ninfas y tritones, sino por la extracción de imágenes y comparaciones sacadas del arsenal mitológico grecolatino. Así, unos caimanes sacan sus cabezas del agua, y son, por sus ojos amenazantes, equiparados con Argos⁴⁴. Lo mismo se puede decir de la presencia de pájaros que convierten el escenario de los Llanos en un *locus amoenus*.

La mirada de Carvajal no es la de un científico de su época, sino la de un religioso formado en los modelos de composición aprendidos en colegios y seminarios⁴⁵. Tanto aderezo barroquizante se explica por la formación cultural del autor, quien sin duda tenía una familiaridad con las tendencias de la oratoria sagrada de la época.

Por otra parte, conviene insistir en que la observación del mundo natural se hermosea de tal forma porque al autor le interesa cumplir con la intención clásica

42. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 169.

43. Montero Díaz, 1941, pp. 3-39.

44. Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 103.

45. Sobre la formación retórica en la prosa colonial del siglo XVII, ver de Mora, 2001, pp. 22- 31.

de todo discurso retórico que no es otro que la persuasión del receptor⁴⁶. En las *Jornadas náuticas* el bagaje retórico está íntimamente enlazado con el deseo de allanar voluntades, objetivo muy probable de un escrito destinado al gobernador de la capitanía general de Venezuela, Francisco Martínez de Espinosa. Recordemos que la expedición por el Apure tenía la finalidad de encontrar una ruta de comunicación con el Orinoco. Interesaba, pues, subrayar los hechos y resultados desde el lado más amable. Según se desprende de las *Jornadas náuticas*, la expedición se resolvió sin demasiados problemas, sin bajas humanas y con un número relativamente pequeño de incidentes⁴⁷. Sólo así se entiende que el mundo animal no se represente, principalmente, como una amenaza, sino como un motivo destacado dentro de un cuadro engalanado por la retórica barroca.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, ed. Fermín del Pino, Madrid, CSIC, 2008.
- Acosta Saignes, Miguel, «Prólogo» a Jacinto de Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, Madrid-Caracas, Edime, 1965, pp. 11-14.
- Acuña, Cristóbal de, *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, ed. I. Arellano, José María Díez Borque y Gonzalo Santonja, Madrid, Iberoamericana, 2009.
- Alcina, José, «Introducción», en Carvajal, Jacinto de, *Descubrimiento del río Apure*, ed. José Alcina, Madrid, Historia 16, 1985, pp. 7-29.
- Arellano, Ignacio, José María Díez Borque y Gonzalo Santonja, «Estudio preliminar» a Cristóbal de Acuña, *Nuevo descubrimiento del río Amazonas*, Madrid, Iberoamericana, 2009, pp. 15-41.
- Asúa, Miguel de y Roger French, *A New World of Animals. Early Modern Europeans of Iberian America*, Aldershot, Ashgate, 2005.
- Brading, David, *Orbe indiano: de la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*, México, Siglo XXI, 1992.
- Carrillo, Jesús, *Naturaleza e imperio. La representación del mundo natural en la Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Fundación Carolina, 2002.
- Carvajal, Jacinto de, *Descubrimiento del río Apure*, ed. José Alcina, Madrid, Historia 16, 1985.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Sumario de la natural historia de las Indias*, ed. Á. Baraibar, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2010.

46. Spang, 1979, pp. 57-58.

47. Para Carvajal a lo largo del trayecto, el capitán Ochogavía fue un dechado de virtudes y valor, los soldados se comportaron «todos muy como ángeles» (Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, p. 115) y los indígenas más peligrosos se convirtieron en amigos debido a una asombrosa y novelesca anagnórisis.

- Fierro Bustillos, Lourdes, *Realidad e imagen de Venezuela en las Jornadas náuticas de Fray Jacinto de Carvajal*, Caracas, Universidad Central, 1983.
- «La historia como metáfora. Retóricos manieristas en la historia y las letras de América. Siglos XVI a XVIII», *Estudios. Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 349, 2005, pp. 189-211. Disponible en www.anhvenezuela.org/pdf/boletines/349/34909.pdf [Consultado el 12/11/2012].
- González Echevarría, Roberto, *Mito y escritura. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México, Siglo XXI, 1990.
- Humboldt, Alexander von, *Del Orinoco al Amazonas*, trad. F. Payarols, Barcelona, Labor, 1962.
- Montero Díaz, Santiago, «La doctrina de la Historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro», *Hispania*, IV, 1941, pp. 3-39.
- Mora, Carmen de, *Escritura e identidad criollas. Modalidades discursivas en la prosa hispanoamericana del siglo XVII*, Amsterdam, Rodopi, 2001.
- Ortega, Julio, «La abundancia americana: un modelo de lectura transatlántica», *Revista de la Universidad de México*, 76, 2010, pp. 1-7. Disponible en: <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/7610/ortega/76ortega.html> [Consultado el 12/11/2012].
- Pellicer, Rosa, «*Continens Paradisi*: el Libro segundo de *El paraíso en el Nuevo Mundo* de Antonio León Pinelo», *América sin nombre*, 13-14, 2009, pp. 30-36.
- Pérez, Manuel, *Los cuentos del predicador. Historias y ficciones para la reforma de costumbres en la Nueva España*, Madrid, Iberoamericana, 2011.
- Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes*, Nueva York, Routledge, 1992.
- Spang, Kurt, *Fundamentos de Retórica*, Pamplona, Eunsa, 1979.
- Ramonedá, Arturo, «La prosa barroca», en Felipe Pedraza (ed.), *Manual de literatura hispanoamericana*, Pamplona, Cénlit, 1991, vol. 1, pp. 449-595.